

Sus despojos mortales conducidos por parientes y amigos. En primer plano, a la izquierda, su hijo Hilario.

Se cumplió un año de la trágica muerte de uno los más valiosos y sorprendentes escritores chilenos. Una cuidadosa antología de sus cuentos hace justicia póstuma a la tarea de un narrador fecundo y duramente postergado.



Alfonso Alcalde, desamparado literario

E

ue a los 71 años de edad, cuando Alfonso Alcalde Ferrer, solitario, marginal, reducido por una grave dolencia a la vista, afrontando agudas depresiones, sobreviviendo de la caridad, decidió quitarse la vida. El drama del escritor y periodista ocurrió el 5 de mayo de 1992, en

Tomé, donde se había autodesterrado sin alcanzar a enterarse de que le habían aprobado una Pensión de Gracia. La tragedia, recordada en estos días por sus familiares, amigos, lectores y admiradores, fue un tremendo golpe al corazón de la literatura chilena.

Alfonso Alcalde perteneció a la estirpe de los desamparados. En mi vida periodística he conocido a muchos como él. Pero en el caso de Alcalde el abandono fue hondo porque a este hombre le sobraba talento, era lúcido, se brindó con ambición y generosidad a la tarea creadora y tuvo escasas oportunidades. Si acaso las tuvo esas pasaron fugaces. ¿Porqué no las advirtió?. La explicación en sencilla: carecía de las artimañas del repechaje hoy en uso, del marketing.

ULTIMA PUERTA

Fue hace un año entonces, en la soledad lluviosa de ese pueblo costero y agrícola, "esencialmente vinero", diría con los ojos cargados de picardía, el propio autor de



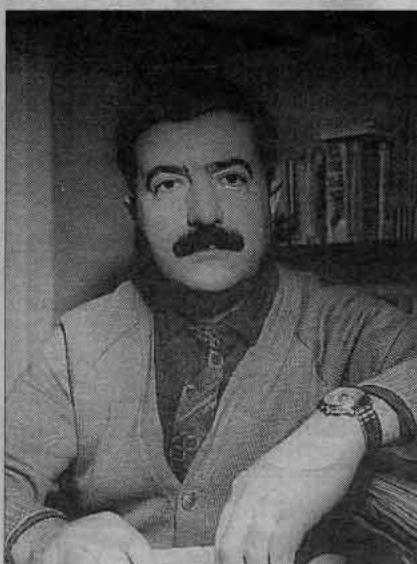
Cuando pequeño, con su hermana Julia, año 1928, Punta Arenas.

las "Variaciones sobre el tema del amor y la muerte", cuando decidió abrir la última puerta. Los pormenores del suceso quedaron parcamente registrados en la modesta comisaría del barrio: muerte por afixia, suicidio. Tenía 30 libros publicados amén de una vasta obra aún inédita. Había recorrido medio mundo, amado y sufrido a destajo, subido y bajado, padeciendo, los infinitos peldaños de la indiferencia y el chaqueteo nacional. En su pintoresca biografía se registran ardorosos aprendizajes de piano cuando chico, sus trabajos como cuidador de plazas, linyera en Buenos Aires, Córdova, Tucumán, Jujuy y Oruro, "cuervo" de una funeraria de mala muerte, ayudante minero, mozo de restaurant, editor, libretista en decenas de radioemisoras, publicista, redactor en televisión, diarios y revistas (El Sur, Ercilla, Vistazo, Quimantú, Hoy, La Tercera) y hasta "escritor negro", es decir aquel que por necesidad reemplaza al desprovisto de talento, que pugna y paga por figurar en letras de molde.

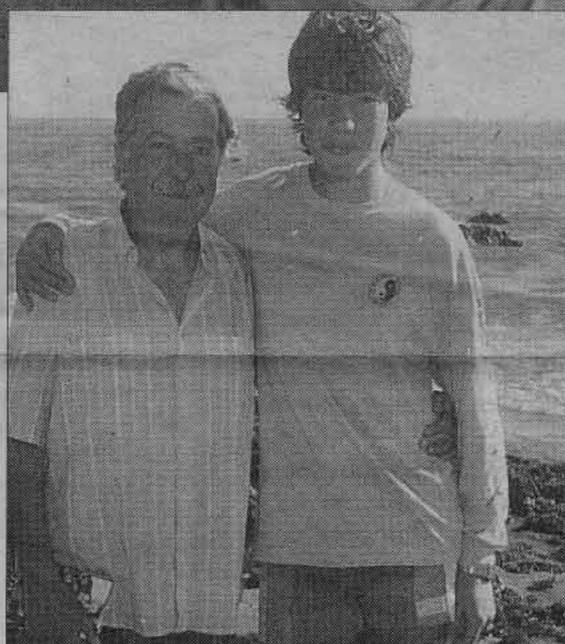
RAZON DE FONDO

Entre nosotros la existencia, fecunda o no, de cualquier intelectual, siempre será desdichada. Las excepciones confirman la regla. La razón de fondo está en el subdesarrollo, un zarpaço que liquida a los más pintados y dotados. Desde luego, tumba con más facilidad

En familia, caleta de Coliumo, Concepción, años sesenta. De izquierda a derecha, su hijo Mario, Alfonso Alcalde, Ceidy Uschinsky y el pintor Julio Escámez.



El escritor en 1965, en Concepción. Entonces escribía "El Panorama ante Nosotros"



Con su hijo Salustio, en Tomé, año 1988.

a quienes, además, son honestos. Para tipos así es complicado escalar. De partida ellos mismos suelen auto-prohibirse la palabra trepadura. Además, es gente que practica de verdad la ética humana. Y como son esencialmente buenas personas se echan un sinfín de enemigos encima, envidias a granel.

LOS CUENTOS

"Alfonso Alcalde en Cuento" se titula una antología que anda circulando. Cuidadosamente elaborada, acaba de aparecer y ojalá no pase desapercibida. Ojalá también anteceda a otro libro que debería titularse "Alfonso Alcalde en poesía".

El vate Gonzalo Rojas, último Premio Nacional, ilumina el prólogo diciéndonos que los libros de Alcalde "se han convertido en claves del conocimiento del hombre de Chile". No duda en señalar que nos dejó una "preciosa herencia estética" por lo cual, leyéndolo "nos sentimos convidados a una perpetua fiesta de la imaginación, pero, al mismo tiempo, seguros del rigor de la palabra, sobre todo de la popular, que él usó con vibrante sonido y que nos sabe a veraz, diestramente empleada".

Jorge Ramírez Palomino, que es un investigador acucioso (y también injustamente postergado), nos entrega además una acabada reseña de la vida y trabajos del autor.

En la primera página, Neruda rompe el fuego con un saludo escrito en mayo de 1947, con ocasión de la publicación de "Balada para una ciudad muerta", primera obra poética de Alcalde.

OFICIO LITERARIO

En el balance final, el hombre, sobre todo y ante todo, fue poeta y luego cuentista; más atrás biógrafo y reportero.

Curiosidades que, por sí solas nos ahorran palabras. Alcalde nunca formó filas en la Sociedad de Escritores. Jamás se anotó en el Colegio de Periodistas. Careció de previsión social. No tuvo casa propia. Quién participara a fondo en la gran aventura de la comunicación humana era acaso el ser más incomunicado. Quién laborara en su oficio, codo a codo, con gente como Luis Hernández Parker, Alfredo Lieux, José Gómez López, Raúl Zenteno y otros de aquí y allá, fue el más desolado de los desolla-

dos.

Decíamos que en literatura supo pisar terrenos fundamentales. Será difícil encontrar en la poesía chilena textos más desgarrados como los que hay en su extenso "Panorama ante nosotros", editado por la vieja y gloriosa editorial Nacimiento, hoy desaparecida. En el teatro igualmente resultará difícil ubicar un trazo de hondura popular como "La tercera espera", que integró el montaje del grupo Ictus "Tres noches de un sábado" y en cuyo argumento un marinero y su muchacha hacen antecala en un destartado hotel galante.

SU MADRE

Había nacido el 28 de septiembre de 1921 en Punta Arenas. Su padre, español—riojano tenía allí una fábrica de zapatos. "Respeto a su madre, dice Ramírez Palomino, existen tres versiones. Una, la de su padre quién le señaló alguna vez: "su madre murió al dar a luz a su hermana". La segunda, la del pueblo, que la daban por muerta en un manicomio. Y la tercera narrada por Alcalde, señalando que, cuando tenía 12 años un buen día se le acercó un señor y le dijo: "Yo soy tu tío. ¿Quiéres conocer a tu madre? y ante su asombro lo condujo a un pueblo cercano, donde apuntándole a una viejita de pelo desgreñado, le indicó que ella era. La verdad es que Alcalde

nunca conoció a su madre".

El libro, actualmemnte en vitrinas, es fundamentalmente obra del esfuerzo y cariño de Ceidy Uschinsky, su última esposa y compañera, dos términos que no siempre suelen complementarse. Decimos, última mujer porque la vida de Alcalde estuvo rodeada de amores, pasiones, hijos, sentimientos, aventuras y goces. En estos avatares, especial afecto mantuvo hacia Teresita Reyes, a la que siempre llamó su hada buena. Con ella se había casado en 1961.

El desamparado literario que, en dramático arrojó final, se quitó la vida, supo jugar en la cuerda de la vitalidad. Durante su juventud había padecido de tuberculosis y dormido en estaciones y hoteles parejeros. También se enamoró sin vuelta de Concepción, la lluviosa capital del Bío Bío y allí residió por años. Laboró para el Gobierno boliviano en la época del Movimiento Nacional Revolucionario; participó en primera fila de las campañas por la presidencia del doctor Salvador Allende; formó y ayudó a incontables profesionales de la prensa, incursionó en la pintura y el colage. ¿Que no hizo?.

AL EXILIO

El golpe de Estado en 1973 lo sorprendió en Montevideo. Desde suelo extranjero tuvo que emprender el exilio, con sus hijos y Ceidy. Rumania, Israel, España, entre otros países, fueron escenarios de otras incontables pellejerías.

Amaba a Chile; le dolía nuestra patria harapianta. Rescató lo más profundo y conmovedor de la vida de los desposeídos: pescadores, payasos, cesantes, obreros de salarios mínimos. Su cuento "Zapatos para Estubigia", es una de las páginas más emocionantes que se conozcan: un homenaje a las mujeres proletarias. Entusiasta de Chaplin, de tertulias interminables y exageradas entre mesas fraternas, bulliciosas y bien regadas, amigo entrañable de Pablo de Rokha, dignificó a toda una generación de creadores.

Una reflexión final y necesaria: tras su desaparecimiento quedó de nuevo al desnudo el oficio del escritor en Chile. Es un trabajo terrible, donde el silencio de los más termina liquidando el germen creador de tantos nuevos autores. (O.V.)